

Vivanco Guerra, Alejandro: *Una etnografía olvidada de los Andes. El valle del Chancay (Perú) en 1963*, Edición crítica de Juan Javier Rivera Andía, Madrid, CSIC, 2012, 343 pp., ilustraciones.

Me ha sido grato e instructivo leer y reseñar el volumen que Juan Javier Rivera ha editado sobre la base de los cuadernos de campo del etnógrafo, además de músico y musicólogo, Alejandro Vivanco Guerra. Rivera nos dice en un breve prefacio, de manera explícita, y, de manera implícita, siempre que el desarrollo de la obra se lo permite en una buena cantidad de páginas, que este volumen surge de una «indignación» y de una escéptica llamada de teléfono. Estos dos elementos enmarcan y realzan el trabajo que nos presenta Rivera. Como estudiante de antropología y posterior investigador preocupado por las dimensiones culturales de los cambios y las permanencias de las sociedades andinas, Rivera se indignaba ante el olvido de los trabajos de Alejandro Vivanco porque éstos eran buenos ejemplos de etnografías culturales, con especial atención a los diversos elementos de los rituales y de las fiestas de las comunidades como la música o el santoral, un raro pez en el mar economicista de la antropología peruana de los años sesenta. Sin embargo, reivindicar el trabajo de Vivanco tras su muerte en 1991 no parecía cosa fácil habida cuenta del casi completo desconocimiento de sus investigaciones etnográficas, gran parte inédita, y de la posible dificultad de encontrar este material para su análisis, edición y publicación. Vivanco había contado con un alto reconocimiento como músico durante gran parte de su vida, en especial desde los años setenta, pero había sido prácticamente ignorado como científico social. El escepticismo de Rivera ante la empresa de reivindicar al Vivanco antropólogo se transformó en un proyecto de una década cuando contactó con su familia y tuvo acceso a los cuadernos de campo que ésta guardaba; como en muchas ocasiones en Perú, los documentos claves para el estudio histórico no están en los archivos institucionales sino en los estantes de la casa familiar.

Rivera edita el trabajo etnográfico de Vivanco desde la indignación y la reivindicación científica, lo que le lleva a realizar una ubicación histórica del mismo que incluye una revisión crítica de la antropología hegemónica en Perú (en Lima) durante los años sesenta y setenta y de sus efectos paradigmáticos hasta el presente. A este propósito dedica la primera parte del volumen, consistente en una breve reseña biográfica de Vivanco y del trabajo etnográfico del que formaban parte los cuadernos de campo que se

editan en la segunda parte del volumen. Junto a esta reseña encontramos un capítulo titulado «Un laboratorio de las ciencias sociales en el Perú. Apuntes sobre las investigaciones realizadas en la cuenca alta del valle del Chancay entre 1962 y 1982». Entiendo que la tesis que Rivera mantiene en este denso y estratégico capítulo es que la antropología realizada en el valle del Chancay en esas dos décadas, en la que José Matos Mar tuvo un claro protagonismo desde el diseño hasta la realización y difusión de la misma, puede valer como muestra de la constitución de un paradigma dominante en la antropología peruana vigente hasta el día de hoy. En ese paradigma, el estudio de las comunidades se focaliza en mostrar el proceso de modernización o cambio social según variables económicas y políticas exógenas a las comunidades, sin prestar mayor atención a los aspectos culturales de la vida en comunidad ni a sus rituales, fiestas, o formas de nombrar, narrar, etc. Además, este paradigma, aunque se propone el estudio del cambio social, habría sido poco sensible a las trayectorias históricas de las comunidades en tanto que explica el «nuevo» cambio social que se vive en los años sesenta sin explicar previamente la estabilidad encontrada o los posibles cambios anteriores, hasta el punto de asumir la supuesta existencia de una comunidad indiferenciada y válida para todos los Andes. En su discusión, Rivera analiza algunas obras claves del periodo y sus relaciones con los debates de la época. Entiendo que el interés de Rivera en colocar este capítulo sobre el debate antropológico, que en modo más amplio ya había publicado en otros lugares, en esta primera parte del volumen que aquí reseñamos es cómplice de la indignación que he referido, ya que el olvido del trabajo etnográfico de Vivanco sería un efecto de ese paradigma dominante: la peculiar mezcla materialista entre la teoría de la modernización norteamericana y la teoría de la dependencia sudamericana habría ignorado y ocultado el trabajo de Vivanco como hizo con el de José María Arguedas. Hipótesis plausible, con sesgos analíticos, que sin embargo evita dar detalles sobre por qué Alejandro Vivanco no dedicó mayor esfuerzo a publicar y difundir sus trabajos etnográficos como sí lo hizo con su labor de músico, musicólogo y maestro de músicos (en Internet se pueden encontrar con facilidad algunos documentales en los que participa Vivanco, incluido parte del documental «Vivanco: concierto de toda una vida para una sola quena»).

Pero el grueso del volumen que reseño tiene que ver con la superación del escepticismo inicial respecto de ver rehabilitada la obra etnográfica de Vivanco. La segunda parte del volumen, desde la página 55 hasta la 340,

está dedicada a la edición crítica (compilación, ordenación, presentación, anotación, tablas de resumen, etc.) de «Los documentos etnográficos del trabajo de campo de Alejandro Vivanco en el valle del Chancay». A su vez se divide en cuatro apartados de presentación de los contenidos de los cuadernos de Vivanco (Aspectos generales, Tradición oral, Los ritos, Música y músico) seguidos una breve bibliografía general y otra bibliografía etnológica mucho más extensa y diferenciada según aspectos abordados en la misma, desde cuestiones políticas y económicas hasta salud o arquitectura. Finaliza esta segunda parte del volumen con un amplio y detallado anexo toponímico y otro, interesante pero menos cuidado, fotográfico. En todos estos apartados y sus diversas secciones internas, Rivera nos indica la procedencia de los materiales de Vivanco publicados y la posible intervención que él ha realizado sobre los mismos. También aparece un importante conjunto de cuadros, elaborados por Rivera sobre las notas de Vivanco, con los calendarios rituales en el valle según «imágenes» y comunidades.

No soy un especialista en la literatura etnográfica para poder confirmar o refutar la tesis de Rivera sobre la gran calidad de los cuadernos de campo de Vivanco y su relevancia para la investigación en antropología. Igualmente, es fácil coincidir en que los materiales publicados constituyen una amplia y detallada muestra de la vida cultural de las comunidades estudiadas y del espacio cultural que los vínculos entre esas comunidades han forjado. Se aprende y se disfruta leyendo las compilaciones de relatos, canciones, rituales, etc. que hizo Vivanco. Sin embargo, no se encuentra en estos materiales una lectura integradora del propio Vivanco y menos un análisis y una interpretación conjunta de la información elaborada durante sus jornadas de trabajo etnográfico en las comunidades. Es pertinente suponer, por las preocupaciones de investigación que se propuso y por la mayor atención prestada a unas informaciones que a otras, que Vivanco se inscribía en una tradición etnográfica «culturalista» mucho más próxima a José María Arguedas que a la del director del proyecto de investigación, José Matos Mar, con el que arribó al valle del Chancay. Dicho esto, y desde mi parcial autoridad sobre el tema, la reivindicación científica que hace Rivera del trabajo de Vivanco tiene más que ver con el análisis e interpretación que el propio Rivera hace de aquellos cuadernos de campo de Vivanco, dentro de un intenso debate sobre las mejoras posibles de la antropología peruana, que con los propios logros, alcanzados o esperados, de Vivanco: la reivindicación de éste es parte central del proyecto antropológico que defiende Rivera; las expectativas de futuro en una nueva antropología sacan del

olvido obras que reconstruyen el pasado. Esto es, en mi obviamente parcial lectura, el principal objetivo y contribución de Juan Javier Rivera Andía, autor y editor del volumen aquí reseñando, en su pretensión de dar dignidad y confianza a la investigación antropológica.

Para terminar, quiero señalar algunos elementos, pocos, que hubieran mejorado la obra reseñada. Pienso que para los objetivos buscados y para dar mayor utilidad al volumen, éste debería haberse realizado en un formato digital interactivo que fuera más allá de la reproducción en PDF o equivalente (con un centenar de ejemplares en papel para las bibliotecas y las estanterías de postín), con diversas opciones de lectura y de búsqueda de información, incluso con una edición facsímil de los cuadernos de Vivanco (no hay como ver el trazo caligráfico del autor para aproximarnos emocionalmente a su trabajo). En esa edición digital, según el interés de cada lector o investigador que la usa como fuente primaria de su trabajo, se le podría dar más relevancia a los cuadernos de Vivanco y trabajar con ellos de acuerdo con otros criterios diferentes a los del propio Vivanco o a los de su editor, Rivera; incluso el trabajo de edición de Rivera tendría mayor utilidad y podría ser corregido con facilidad, desde mejores búsquedas y cruces en la bibliografía y en las notas, hasta una más fácil localización de las referencias bibliográficas y fuentes citadas. En este último punto, he encontrado algunos errores, como citas abreviadas de textos que luego no se encuentran ni en la bibliografía ni en notas al pie de página, errores que Rivera ha reprochado en algún libro que él ha reseñado; por otra parte, son errores comunes en los trabajos de cierta ambición respecto de las fuentes y las bibliografías, máxime si se pierde el control sobre las correcciones y las versiones finales que realizan en la editorial. Por último, el formato de página tamaño carta que se ha elegido para la edición es bonito para exhibir el volumen y útil y necesario cuando se le quiere dar a la reproducción de gráficos y fotografías mayor calidad y relevancia, pero resulta incómodo y ostentoso cuando no cumple estos requerimientos y se le quiere dar un uso más práctico que, pienso, sería el más apropiado para un volumen pensado y desarrollado como parte del debate en la antropología.—JUAN MARTÍN-SÁNCHEZ, Universidad de Sevilla.